

en limpiar el mostrador y en lavar los vasos que han de servirle para el despacho. Una vez terminada esta operacion, y dispuestas ya las tinajas, el *vendedor* le concede algun reposo á su cuerpo fatigado, sentándose con un aplomo digno del musulman mas sibarita, y en tal estado permanece algun tiempo, pensando si en el dia se *castigará* bastante al pulque en el *vaseo*, y cuyo castigo aumentará las ganancias de nuestro hombre.—Mas, derrepente el *pulquero* levanta la cabeza y escucha con la mayor atencion. Sí; no hay duda: ha oido un rumor que ha interrumpido sus cálculos, y que á cada instante se oye mas cercano: ruido alarmante, inquietador, tremendo; ruido que para el que no lo conoce, anuncia grandes cosas, prodigios y maravillas; ruido, en fin, que podemos comparar á aquel que las mas veces precede á ciertas notabilidades europeas. . . . ¡oh! la comparacion no puede ser mas exacta! porque al fin del cuento, y despues de tanto ruido, faramalla y estrépito, se nos van presentando. . . . ¡las *mulas* que conducen el pulque á la casilla! Pero no tengan vdes. cuidado. El chasco no es tan atroz; porque al fin estos animales son del pais, y en verdad mas pasaderos que algunas *mulas* que nos vienen de ultramar! . . .

El *topador*, personage encargado de recibir ó comprar el pulque en la garita, si es que el dueño de la pulquería no tiene rancho, y de conducir el mejor líquido á las casillas mas privilegiadas; el topador, repetimos, es el primer personage que en esta escena toma la palabra.

—Oiga, D *Aguado*: aquí tiene ya su condenacion!

—Oh amigo; cuando usted la da es porque le queda todavía al diablo para dar y prestar á los cristianos.

—Déjese de eso! ya sabe que yo no robo al prójimo. . . . Andele, que yo como de mi trabajo y todavía me voy. . . .—Mira, animal, ataja aquella mula.

—Y qué tal viene el pulque, eh?

—Qué tal viene? Oh! yo lo entiendo como *naide*. El pulque está hoy que ni la leche que maman los angelitos en el cielo.

—Hombre, de veras?

—Como lo oye; pero mire, ya le dije. . . .

—¡Uf!!! este cubo no tiene fondo! esclama el *arriero*, que ha comenzado á medir el pulque.

—Cierto, dice el *topador*, hay puede haber un *tinacal*.

—Mentira! grita el *pulquero*. El cubo tiene los 60 cuartillos muy cabales. . . . Pero no. . . . esperen vdes. me equivoqué: he tomado uno por otro. . . . Este, este es el de los 60.

El *pulquero* saca otro cubo que contiene dos cuartillos mas cuando menos, y todo el mundo queda en paz, porque tales *picudeces* (palabra técnica) deben disimularse, supuesto que el *topador* ha desplumado antes á los arrieros, y estos al dueño del *tinacal*, mezclándole al pulque en el camino cierta cantidad de agua, que yendo y viniendo dias hace

la fortuna de los médicos. Y no piensen vdes. que esa manera de *adicionar* al pulque ó *bautizarle* sea una preocupacion, una creencia vulgar como la de los antojos de las *mugeres interesantes*, no señores: vdes. convendrán en que si hoy nos azotan varias plagas, no son por fortuna las que atormentaron á Faraon; y sin embargo, se cuenta que algunas veces al entregar el pulque los arrieros al *vendedor*, observa este con asombro algunos pescaditos y zapillos que se encuentran en el líquido, sin que en tal prodigio haya tenido parte la vara de Moises. El pulquero tiene sus puntas de naturalista, y sabe muy bien que semejantes vivientes no se crían en el *cajete* de un maguey.

Aquí es preciso hacer una pequeña digresion para que no juzguen mal de la inteligencia del arriero aquellos que no conocen sus costumbres. Efectivamente, cualquiera diria: ¿cómo es tan torpe el arriero que no vé en el agua los testigos vivientes que mas tarde han de revelar las trampillas del conductor? Y ese cualquiera diria muy bien, si ignoraba que los arrieros conducen el pulque á la capital durante la noche, y que enmedio de las tinieblas lo *bautizan*. El arriero no es *nictálope*, y precisamente por no serlo se le ocurrió al dueño de un tinacal, probar la fidelidad de sus conductores mandando teñir de rojo el agua de cierto pozo donde se sospechaba que el pulque recibia el primer sacramento. ¡Diablo! es una fatalidad no pertenecer al género lechuzal! Dicho y hecho: al entregar el pulque al dia siguiente, el arriero vió con asombro salir de la *bota* ó pellejo un chorro. . . . no blanco, segun era de esperarse, sino sonrosado, encendido, pudoroso; ni mas ni menos que si el maldito líquido conociera la vergüenza y se ruborizara por haber renegado de la raza de Israel, dejando de ser judío!

El infeliz conductor atribuyó el prodigio á los hechizos de una bruja mal queriente: el pulquero semi-ilustrado, vió la parodia de la primera plaga de Egipto; pero el dueño del rancho por desgracia no vió brujas ni prodigios, sino solo la necesidad que habia de mudar de conductor. Probablemente alguno de los pozos de Sacualco, fué el que tuvo parte en el eposodio que acabamos de relatar, pues los arrieros cuando están de broma se quitan el sombrero al pasar frente á aquel sitio. Pregunten vdes. la causa de tal veneracion, y al punto responderán los conductores que allí está situado el santo *bautisterio*. Segun ellos, el agua de dichos pozos *aboca* el pulque admirablemente, y, ¡cosa rara! en México no se toma con agrado cuando se vende puro en las casillas.

Una vez terminada la operacion de recibir el pulque por el *vendedor*, toma este una cuartilla de papel sucio y arrugado, coge la pluma, ó por mejor decir, la empuña, y sobre el mostrador pone la boleta que dá al arriero. Este documento, ya que no podemos presentarlo original á nuestros lectores, para que admiraran los trazos caligráficos

del pulquero, lo copiaremos al menos para que sirva de estudio, si no á los paléógrafos, siquiera á los que desearan conocer algo la ortografía de nuestro personage. Dice la boleta:

“Midió el arriero *Balentin del poso*
siete cu bos de pulque de Agua,
Lulco en esta pulquería de las
pesca dorras. Hoy 27 de Octubre del
mismo año.—*Al vino Aguado.*”

Nuestro hombre, que ya sabemos se llama Albino Aguado, contempla satisfecho su obra, juzgándola digna del mejor pendolista; en seguida se llega á la pared; raspa un poco de caliche que recibe en el papel, lo estiende á guisa de arenilla, y concluye dándole al conductor la boleta para que pueda cobrar su flete. El arriero se aleja con sus mulas y aun no se pierde el ruido estrepitoso y al parecer burlesco producido por los cencerros de la recua sonora, cuando ya nuestro hombre está *refrescando* el pulque del día anterior, cuya operación consiste en mezclarle al *agrio* mas ó menos cantidad del licor fresco, de lo cual resulta el pulque conocido por los inteligentes con el nombre de *abocado*. En seguida pasa el *vendedor* á probar ya el pulque *macho*, ya el *hembra*, ya la *campechana*, que resulta de la union de ambos; y como vdes. habrán oido decir que de grano en grano llena la gallina el buche, y que varios poquitos forman un mucho, cuando el pulquero acaba de arreglar sus pulques se encuentra con el buche bien repleto, y con la cabeza llena de esperanzas é ilusiones....

El pulquero saca su honorario (*honrosa* es la profesion) segun lo que vende: un real en cada cubo. Así es que para ganar 10 reales en el día tiene que vender la friolera de ¡600 cuartillos! ni mas ni menos. El ministro de Baco que cuenta semejante dicha bien puede pagar un *jicarero*, individuo que desempeña los oficios enunciados hasta aquí, menos poner la boleta, emplear las *picudeces* para esquilarse á los arrieros, ni recibir el dinero que produce el espendio. Entonces merece el nombre de *vendedor*; mas por desgracia no todas las cavidades parciales de los estómagos amarchantados en la pulquería, forman la cavidad total y necesaria para contener 600 cuartillos de líquido. Entonces el *vendedor* y *jicarero* son uno mismo, tal como hemos presentado el héroe de nuestro artículo. Pero entonces tambien el pulquero se sabe aprovechar mejor de aquellas ocasiones de que ya hemos hablado.

Los marchantes comienzan á llegar: el *cantareo*, nombre que se da á la venta de pulque llevado á las casas, compite con el *vaseo*, palabra que indica el espendio del líquido consumido en la pulquería por los mismos bebedores. En el primer despacho la medida es justa y cabal, y por consiguiente el pulquero sale como él mismo dice: *pié con*

bola; esto es, sin ganar otra cosa que el consabido real en cada cubo. Mas en el *vaseo*.... ¡Oh! aquí nuestro hombre tiene vinculado su mayorazgo; allí está su fuente de riqueza, su mina inagotable y siempre en bonanza. Figúrense vdes. que llega un individuo á tomarse medio de pulque: si este individuo llevara un cántaro, fácilmente podría conducir en él los tres cuartillos, poco menos, de ordenanza. Pero no señor, el marchante no lleva otra vasija que su estómago, y sería asesinarle querer que de buenas á primeras se echara á pechos aquella cantidad de líquido. Por lo mismo, el *vendedor* le presenta un vaso que contiene á lo sumo cuartillo y medio, y el resto para el completo de los tres, va á aumentar el tesoro del pulquero. En cambio, el pulque es mas *cristiano*, aunque en el *bautismo* recibió menos cantidad de agua. Otra ventaja trae el *vaseo* que no tiene el *cantareo*: en este los muchachos compradores exigen las *panochitas* ó las figuras de barro, cebo necesario para atraer marchantes á la casilla, mientras que en aquel, los consumidores suelen obsequiar al vendedor ya con las sabrosas *chahupitas* ó *enchiladas* que la india vende en la puerta de la casilla, ó ya con el sobrante de la fruta que compró el parroquiano para tomarse un vaso de pulque *curado* con tuna, guayaba, naranja, piña ó chirimoya. El pulquero no toma fruta; pero su muger Mariquita se muere por ella; y luego, le instan tanto para que tome alguna cosa, que al fin se decide, solo por obsequiar en la noche á su mitad querida; y esto es muy cierto, aunque poco despues lo vean vdes. engullir lo que le han dado, con indecible satisfaccion de sus quijadas.

Así pasa la vida nuestro personage, siempre alegre, siempre de buen humor y siempre buscando los medios para atraer parroquianos y subir las ventas, hasta elevar su casilla al rango y fama de la celebrada pulquería del *Cuernito*. Para conseguirlo, el pulquero pinta con frecuencia su tienda; y no hay heróina de novela, ni personage popular, ni animal raro cuyas efigies no adornen las paredes de la pulquería. *Esmeralda* con su cabrita, el célebre *Gaviño* matando un toro, la *china* poblana y hasta las flores animadas de *Grandeville*, han invadido el recinto del pulquero, para llamar la atención de los marchantes; y no es nada difícil que al día siguiente de aparecido el *Antecristo*, se vea el retrato de este famoso personage instalado en la casilla del pulquero, y con su respectivo verso al pié; porque eso sí; nuestro personage es poeta, y hace sus versos como todo hombre á quien de vez en cuando le es permitido *inspirarse*, ó se le suelen *subir los humos á la cabeza*.

Hoy el pulquero tiene un enemigo formidable, y que bien puede llamarle su *república vecina*. Este individuo es el cervecero, cuya maldita cerveza ha desalojado al pulque de las mesas aristocráticas, compite con él en la clase media, y tiene ya algunos adeptos entre el pueblo bajo. Esceptuando al fabricante del *brebage intruso*, el pul-

quero vive en paz con todo el mundo, y va pasando sus dias encerrado en su casilla desde las siete de la mañana hasta las oraciones de la noche. Su único afan es aumentar su fortuna, cosa que por desgracia no consigue, y regularmente muere en la miseria, sin dejar tras de sí un recuerdo ni un nombre esclarecido. Ay! jamas habrán visto vdes. grabado en una losa funeraria el nombre del pulquero. Pero hoy, en justa recompensa de haberle presentado al público, y al dejarle ya descansar, le suplico al cajista me ayude á conservar la memoria de nuestro hombre, poniendo con las versales mas grandes que se encuentre:

AQUI DESCANSA YA

ALBINO AGUADO,

VENDEDOR DE PULQUES.

México, Octubre de 1854.—I.

